

CAPÍTULO III

Su confianza en Dios

Como hemos comprobado en su vida, el Padre Champagnat triunfó en todas sus empresas; y lo más admirable es que lo hizo sin recurso humano alguno. ¿Cuál fue la causa principal de este éxito? Sin duda, su espíritu de fe y su inmensa confianza en Dios.

“Cuando se tiene a Dios consigo –repetía con frecuencia a los Hermanos–, cuando sólo se cuenta con él, nada resulta imposible. Es verdad de fe de la que no podemos dudar, pues el Apóstol nos dice: *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*”, y en otro lugar: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*”²

La vida de nuestro piadoso Fundador es una confirmación clara de esta verdad. Tenía tan escasas dotes intelectuales que sus padres hicieron todo lo humanamente posible para disuadirlo de estudiar latín. Tras ocho días de estancia en el seminario menor de Verrières, quisieron despedirlo a toda costa, porque, después de examinarlo, lo consideraron incapaz de acertar en los estudios y de adquirir los conocimientos necesarios a un sacerdote. El piadoso joven conocía mejor que nadie sus dificultades para el estudio, pero puso su confianza en Dios, se mantuvo firme y no se dejó amilanar.

“Ya que Dios quiere que siga esta vocación –dijo a sus padres–, me dará inteligencia y cuanto necesite para realizar mis estudios. Voy a comenzar. Espero su ayuda, que no puede negarme, ya que él es quien me llama.”

“Póngame a prueba –dijo al superior del seminario–, y si al cabo de unos meses no logro triunfar, puede despedirme; pero confió en que Dios me concederá la gracia de seguir la clase y darle a usted satisfacción.”

No fue inútil su confianza en Dios: ya hemos visto en su vida que, sin llegar a ser un alumno brillante por sus talentos³, consiguió, sin embargo, realizar sus estudios con relativo éxito. Y en el mismo año, en que quisieron despedirlo, aprobó dos cursos.

Al llegar al sacerdocio y ser nombrado coadjutor de Lavalla, emprendió la reforma de la parroquia y la consiguió, no tanto por sus dotes oratorias, cuanto por sus plegarias y total confianza en Dios. Efectivamente, sus pláticas eran sencillas; la mayoría de las veces se limitaban a una lectura comentada y desarrollada, y, sin embargo, produjeron copiosos frutos en las almas. Aunque apenas tenía tiempo para preparar sus pláticas, pues las tareas de su santo ministerio y el cuidado de su comunidad le ocupaban casi todo el día, nunca subía al púlpito sin haber preparado y meditado lo que iba a decir. La sencillez en sus instrucciones no era fruto de la improvisación, sino de la desconfianza de sí mismo y de su confianza en Dios. Podemos comprobarlo por estas palabras que a menudo repetía a los Hermanos: “La palabra del hombre puede agradar e incluso convencer las inteligencias, pero es incapaz de conmover y cambiar los corazones. Tenemos que estudiar, sin duda, la religión y preparar a conciencia la catequesis, pues no podemos enseñar a otros lo que ignoramos; pero estaríamos totalmente equivocados si pensáramos que esto es suficiente para obrar el bien. No se infunde la piedad ni se ganan las almas para Dios con frases bonitas. La conversión del corazón es obra de la gracia y no resultado de la elocuencia y del talento del hombre. ¿De qué vale la destreza del jardinero o del labrador, si Dios no bendice sus trabajos y no da el crecimiento? Desconfiemos de nuestros talentos; son ineficaces para el bien: en vano los emplearemos y nos cansaremos inútilmente, si Dios no está con nosotros. *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam* (Sal 126). Si Dios no vivifica nuestras palabras con su gracia y su espíritu, serán sonido vano que impresionará los oídos, pero no llegarán al corazón.

Lo que derriba la muralla o incendia un edificio no es el estruendo del cañón, sino la bala. El hombre puede hacer ruido, pero sólo la gracia, simbolizada en la bala, es capaz de derribar los obstáculos, cambiar los corazones y abrasarlos en amor de Dios.

Por eso, la oración, el oficio y el rosario piadosamente rezados, la misa oída con devoción, la comunión fervorosa, contribuyen más eficazmente al éxito de la catequesis que la ciencia y los talentos naturales, pues los ejercicios piadosos nos unen a Dios y nos alcanzan la gracia que lo realiza todo.

Algo de lo que me gustaría que estuvierais profundamente convencidos, es que no hay defecto que perjudique más a las obras de Dios y las condene al fracaso, como la presunción, la autosuficiencia y la confianza en sí mismo. Por eso me atrevo a afirmar que las personas mejor dotadas, si no tienen al mismo tiempo una profunda humildad, son las menos indicadas para realizar el bien, porque confían demasiado en sí mismas y demasiado poco en Dios.”

Un día respondió con viveza a uno de los miembros de su Consejo que había propuesto para un cargo de mucha responsabilidad a uno de los Hermanos más capacitados:

“Ni hablar; no haría nada, pues está demasiado pagado de sí mismo. Para ese puesto necesitamos un hombre piadoso, humilde, que desconfíe de sí mismo y cuente más con Dios que con su propia capacidad.”

En otra ocasión estaban ponderando las dotes naturales de un Hermano joven. “Sin duda que ese Hermano posee talento –replicó–; también lo tiene el diablo, y aún mayor, pero no por eso es más apto para el bien. No es necesario ser un genio para realizar las obras de Dios y hacer de los niños buenos cristianos, sino gran abnegación, virtud sólida, espíritu de oración y confianza en Dios. Las cualidades de ese Hermano –añadió– son funestas para él, pues lo vuelven fatuo, presumido y lo exponen a perder el espíritu de su estado y tal vez su vocación.”

El buen Padre no iba descaminado. El Hermano alcanzó grandes éxitos que lo hincharon de orgullo y lo volvieron mundano y desobediente. Hubo que expulsarlo del Instituto.

* * *

En los retiros anuales, el piadoso Fundador era quien daba todas las pláticas. Un año inició la primera con esta observación:

“Queridos Hermanos, he oído que alguien de vosotros preguntaba si el Padre misionero es buen predicador. Ésta es mi respuesta. Por favor, no la echéis en saco roto. No haréis el retiro con éxito si estáis pendientes de las dotes oratorias del predicador y de lo que yo pueda deciros. Las palabras de los hombres pueden conmover, exaltar la imaginación, impresionaros por algún tiempo, pero si Dios no mueve vuestros corazones, esa impresión fugaz desaparecerá con la voz que la produjo, y saldréis de este retiro como habéis entrado. Las instrucciones más impresionantes y mejor preparadas no producen ningún efecto duradero si Dios no habla al corazón; sólo la gracia puede conmoveros, producir en vosotros sentimientos de compunción y convertiros. Orad, pues, si queréis hacer un buen retiro, poned vuestra confianza en Dios, pues en esto, más que en cualquier otro asunto, tenemos que decir: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*”

El estilo del Padre Champagnat, aunque muy sencillo, era elegante; sus expresiones, enérgicas; su palabra, de fuego; el tono de su voz, convencido; el rostro, animado. Todo revelaba en él a un hombre empapado del espíritu de Dios; y eso era lo que conmovía, lo que hacía tan interesantes sus pláticas a los Hermanos, y les hacía preferir sus sermones a los de los más afamados predicadores. Cuando subía al púlpito, una expresión de satisfacción iluminaba todos los rostros. Nunca se cansaban de escuchar-

lo, y preferían sus pláticas familiares, sus exhortaciones paternales, incluso sus repeticiones, a los discursos más elocuentes.

No hay virtud más recomendada por el Padre Champagnat que la confianza en Dios⁵. Miles de veces comentó los dos primeros versículos del salmo *Nisi Dominus aedificaverit domum*, y las explicaciones que de ellos dio llenarían volúmenes. “No os extrañéis –decía– de que insista continuamente en el mismo punto, porque es el más importante, lo es todo. En efecto, lo propio del hombre es la debilidad, la miseria y la nada. Nada tiene, nada puede sin la ayuda de Dios. Nuestra flaqueza, nuestras necesidades permanentes son otros tantos motivos que deben conducirnos a poner en Dios nuestra esperanza. Pero hay una razón aún más poderosa para infundirnos confianza ilimitada: el grado de esperanza es la medida de las gracias que vamos a recibir; gracias que Dios nos da siempre en proporción a la confianza que en él depositamos. Él nos dice como a los israelitas: *Todo lo que pisen vuestros pies será vuestro*⁶, es decir, os daré todo lo que esperéis de mi bondad. Si esperáis fuerza para luchar contra las pasiones, para corregir los defectos y triunfar de todos vuestros enemigos, la tendréis; si esperáis de mí la virtud, os la daré; si deseáis éxito en las empresas, os lo concederé. Confiad en mí: seré vuestro protector, vuestro amigo, vuestro padre. Bendeciré vuestros pasos; colmaré vuestros deseos; os otorgaré los dones materiales que necesitéis, los bienes de la gracia y los de la gloria; en una palabra, confiad en mí, sacad de mí todos los favores y mercedes que deseéis.”

Mucho le complacía al buen Padre ver a los Hermanos en la necesidad de practicar esta virtud. “No me disgusta –escribía a uno de ellos– que tenga dificultades y se vea acosado: así se sentirá en la feliz necesidad de poner toda su confianza en Dios.” A otro le respondía: “Me dice que la muerte le ha arrebatado al primer bienhechor de la escuela; eso no es exacto: el primero de sus bienhechores es Dios, que no muere. Ponga en él su confianza y nada le faltará; si se ha llevado a esa persona, es para que cuente sólo con él.”

Se le veía apenado cuando alguien se desalentaba y perdía la confianza en Dios. “Pero, ¡Hermano! –escribía a uno de ellos–, ¿cómo se le ocurre injuriar a Dios desconfiado de él? ¿Cree que no es poderoso para ayudarlo, o duda de su bondad para con usted? ¿Sabe de alguien que haya depositado en él su confianza y se haya perdido o no hay sido atendido? Si conociera la bondad de Dios, no lo trataría de ese modo.”⁷

Recuperando ya de la enfermedad que tuvo en 1825, al enterarse de que los Hermanos se habían desanimado por este motivo y que, incluso varios habían pensado retirarse, y que todos daban por seguro el fracaso de la congregación si tenían la desgracia de perderlo, se quedó sorprendido y apenado por esa falta de confianza en Dios. El mismo día que conoció detalladamente la situación, reunió a la comunidad y se lo reprochó con dureza, como podemos deducir de estas palabras:

“Queridos Hermanos, ¿cuándo vamos a tener sentimientos dignos de Dios? ¿Acaso no nos ha dado muestras suficientes de su bondad como para que nos fiemos de su Providencia y nos abandonemos en sus manos? ¿Nos ha dejado tal vez carecer de algo al sacarnos del mundo?

¿No ha sido él quien ha fundado el Instituto, quien nos proporcionó los medios para construir esta casa, quien nos ha multiplicado y bendecido nuestras escuelas? ¿Alguno de vosotros puede levantarse y decir que Dios ha dejado de ayudarlo desde que se entregó a él? Si nadie puede quejarse de su bondad, ¿por qué vamos a retirarle nuestra confianza cuando nos somete a prueba? ¿Por qué vamos a temer por nuestro futuro? ¿Por qué dudar del porvenir de nuestra congregación y pensar que, si Dios hubiera retirado el instrumento de que se ha valido para guiarla, iba a verse condenada al fracaso? Esta comunidad es obra suya, él la ha fundado; no necesita de nadie para sostenerla, y la sacará adelante sin los hombres y a pesar de los hombres. No olvidemos nunca: Dios no tiene necesidad de nosotros ni de nadie. Si nuestros sentimientos e

ideas son terrenos, acabaremos por desinteresarnos del Instituto y perder nuestra vocación; otros ocuparán nuestro puesto; Dios los bendecirá, porque serán más fieles, y con ellos proseguirá Dios su obra.

Por lo demás, para tranquilizaros y para que comprendáis de una vez vuestra equivocación al haberos dejado llevar del desaliento, debo deciros que la casa no tiene tantas deudas como dicen; que Dios ha provisto a todas nuestras necesidades, y su auxilio no se ha dejado nunca esperar; por eso debemos poca cosa, y de eso poco, yo mismo me hago cargo.”

En 1830 dio también a los Hermanos varias pláticas para exhortarlos a la práctica de esta virtud. “Dios es quien permite todos los acontecimientos –exclamó en una de esas charlas– y los dirige para gloria y bien de los elegidos; si depositamos en él nuestra confianza, nada malo podrá sobrevenirnos. Nadie en el mundo puede perjudicarnos ni hacer caer un cabello de nuestra cabeza⁹, si Dios no se lo permite. Dios dijo a los malvados: Podéis llegar hasta aquí, pero no más allá¹⁰. Por eso nada acontecerá sin su consentimiento. Los hombres sólo tienen sobre nosotros el poder que él les otorga y todo el mal que su malicia pretende ocasionarnos, se volverá a favor nuestro.”¹¹

Algunos Hermanos le preguntaron si no sería prudente adoptar ciertas precauciones para ponerse a salvo en caso de peligro.

“La primera precaución que debéis tomar –les respondió– es fiaros de la Providencia y redoblar la confianza en Dios. Esforzaos en merecer su protección por la mayor fidelidad a la Regla, el celo en la instrucción de los niños y la práctica de las virtudes de vuestro estado. Basta con esa precaución; las demás, sin ésta, resultarían inútiles para tranquilizaros y protegeros de los peligros que teméis.”¹²

Varios Ayuntamientos dejaron de pagar a los Hermanos, y éstos comunicaron al buen Padre los temores que les producía la situación en que iban a verse. Les respondió:

“Los hombres os han retirado el salario, pero Dios, que sabe que necesitáis comer, no os ha retirado su protección. Él se preocupará de vosotros, puesto que hacéis su obra. El que alimenta a los pájaros, da pan a los malos que blasfeman su santo nombre e insultan a la religión, no os abandonará ni os dejará carecer de lo necesario, si ponéis en él vuestra confianza; una confianza debe ser tanto mayor cuanto que no tenéis otro apoyo y amparo que él. Por lo demás, cuando no podáis subsistir, venid a casa; mientras haya un trozo de pan¹³, lo compartiremos.”

* * *

Cuando emprendía alguna obra buena, sólo le preocupaba una cosa: saber si Dios la quería. Si llegaba a la convicción de que tal era su voluntad, no le importaban los obstáculos ni la falta de recursos, convencido como estaba de que Dios iría apartando los obstáculos y proveyendo a todas las necesidades. Por eso, cuando creyó llegado el momento de poner los cimientos de su Instituto, no temió hacerlo con jóvenes pobres e ignorantes, ni comprarles una casa y amueblarla, aunque también él fuera pobre y no tuviese dinero. Todos le auguraban que infaliblemente fracasaría en dicha fundación. Un benemérito sacerdote¹⁴, que luego llegó a ser obispo, después de haberlo intentado todo para disuadirle de ese proyecto, al ver que no conseguía hacerle cambiar de propósito, mandó a decirle:

– Construye usted en vano: no saldrá adelante y se convertirá en el hazmerreír de la gente.

– ¡Ay! –respondió el Padre–, estoy totalmente persuadido de que, si Dios no está con nosotros, en vano trabajamos¹⁵; pero si él quiere esta obra, como pienso, la sacará adelante, aunque carezca de posibilidades de éxito. Respecto a la vergüenza que podamos sentir en caso de fracasar, me tiene sin cuidado; más temo ser infiel a Dios, que ser despreciado de los hombres.

Cuando emprendió la construcción del Hermitage, le advirtieron que era una imprudencia lanzarse a semejante construcción careciendo de recursos. El Padre contestó:

- Confieso que, efectivamente, sería gran imprudencia y extrema temeridad, si contáramos con nosotros mismos; pero contamos con la Providencia que nunca nos ha faltado y que todo lo ha hecho entre nosotros: no puede abandonarnos, puesto que realizamos su obra.

- Pero, ¿tan seguro está -le replicaron- de que Dios quiere esa obra?

- ¿Cómo voy a dudarle después de las bendiciones con que nos ha colmado y la ayuda que nos ha concedido? Si no quisiera esta comunidad, no nos enviaría tantos aspirantes, no bendeciría nuestras escuelas, no nos proporcionaría medios de subsistencia, como lo ha hecho hasta el presente. Si favorece a la congregación, es prueba de que la desea; y si la quiere, ya nos mandará fondos para construir una casa amplia en que alojarnos.

Algunos fueron aún más lejos y, al ver que no hacía caso de sus recomendaciones, imaginaron que el orgullo le había trastornado, y que muy pronto iría a la quiebra y abandonaría tan descabellada empresa. Cuando llegaron a oídos del Padre semejantes rumores, se limitó a responder tranquilamente: "Dejemos hablar a los hombres y pongamos nuestra confianza en Dios que jamás nos abandonará, si antes no lo abandonamos nosotros."

Tanta palabrería maldiciente no hubiera causado mella alguna en el Padre Champagnat, de no haber contribuido a cambiar ente la gente la idea que tenía de aquella obra y cortar, en consecuencia, unas ayudas que tanta falta le hacían. Efectivamente, varias personas ricas que tenían intención de ayudarlo, desviaron sus ayudas en otra dirección.

Ante una necesidad urgente, un Hermano fue a casa de una de esas personas para pedir alguna ayuda. "Me cuidaré mucho -le respondió- de dárosela. No quiero favorecer las locuras de vuestro Superior. ¿Qué pretende con esa enorme construcción que está levantando? Antes de acabarla se verá obligado a venderla y abandonarlo todo. No volveré a dar un céntimo, ni se me ocurrirá aconsejar a nadie que lo dé."

Cuando el Hermano comunicó la respuesta al padre Champagnat, éste exclamó: "Hace mucho que estoy convencido de que nada hemos de esperar de los hombres; Dios quiere hacerlo todo entre nosotros. Redoblemos, pues, nuestra confianza en su bondad; pongámonos en manos de su Providencia: corresponde a su gloria ampararnos y ofrecernos el auxilio que los hombres nos niegan. Aunque todos estuvieran contra nosotros, nada hemos de temer si Dios está a favor nuestro".

La confianza del buen Padre no fue vana. Las ayudas llegaron, y no precisamente de donde se esperaban. La protección de Dios se hizo por eso más patente.

Por lo demás, su estilo no era el del pedigüeño que pasa la vida mendigando dinero. Prefería dejar a la Providencia el cuidado de suministrarlo. Parecerá mentira, pero esa confianza total fue tachada de irresponsable. "Ya veis -decían-, no hace caso a nadie tiene tan metido el mal de la piedra que sólo piensa en construir. Luego, que pague quien pueda; poco le importa con tal de seguir construyendo paredes que mañana tendrá que demoler para volver a levantarlas otro día."

Esas insinuaciones calumniosas engañaron a muchos, y hasta el mismo señor arzobispo cayó en la trampa. De tanto oír decir que el señor Champagnat sólo se ocupaba en construir y que gastaba el dinero sin ton ni son, lo creyó. Mandó llamarlo, le dirigió severos reproches y le prohibió¹⁶ seguir construyendo. En el arzobispado sentían pavor ante la posibilidad de que el buen Padre llegase a quebrar.

"Es imposible -decían- que no acabe arruinándose: hace gastos excesivos; apenas tiene entradas; debe más de lo que tiene; sus acreedores acabarán dándose cuenta de

su situación y se apoderarán de la casa y, al no poder ser resarcidos, se producirá el escándalo.” Esta idea llegó a ser tan generalizada que el señor arzobispo se creyó en la obligación de quitarle la dirección de la casa, y lo hubiera hecho si el sacerdote que querían poner en su lugar, no hubiera declinado el encargo¹⁷.

Apresurémonos a decir que Su Excelencia no mantuvo estos criterios mucho tiempo, sino que muy pronto recuperó la confianza y aprecio hacia el Padre Champagnat. Pero no sucedió lo mismo con otras personas que, viendo las cosas con ojos humanos, nunca llegaron a comprender la postura del buen Padre y, pensando que tenía más deudas que fondos, se preguntaban qué sería de los Hermanos cuando él muriese y cómo se las arreglarían para pagar a los acreedores.

* * *

Durante su vida nunca cesó el piadoso Fundador de infundir a los Hermanos confianza en Dios, empeñándoles su palabra de que cuidaría de ellos y que su solicitud nunca les iba a faltar. En el lecho de muerte, fue ésa la última recomendación: “Poned vuestra confianza en Dios –les dijo–, y contad con él; su Providencia os sostendrá, os ayudará, os bendecirá y proveerá a todas vuestras necesidades.”

La divina Providencia tenía que recompensar tan gran confianza y ratificar que no en vano se cuenta con ella. Durante su vida, este hombre de Dios había recibido ayuda tan a tiempo que pudo decir confidencialmente a uno de sus amigos: “Nunca me ha faltado dinero cuando he tenido absoluta necesidad de él.”

Al morir, dejaba a sus hijos más de doscientos mil francos en bienes raíces y ni una sola deuda, excepto unos miles de francos, de una finca¹⁸ adquirida el mismo año de su muerte. Y como si Dios se empeñase en recompensar hasta el fin su confianza, un generoso bienhechor satisfizo esa cantidad poco tiempo después¹⁹.

Esta confianza absoluta en Dios lo mantenía tranquilo e inalterable en medio de las mayores dificultades. “Nuestro Señor –decía en tales situaciones– nos socorrerá según nuestras necesidades. Cuanto mayores son las dificultades tanto más confianza hemos de depositar en él, pues tenemos más derecho a ser ayudados.”

Una vez cayó enfermo un Hermano, y, como no tenía a nadie disponible para reemplazarlo, se vio obligado a enviar al maestro de novicios.

– ¿Cómo se las va a arreglar ahora? –le preguntó alguien–. ¿Dónde va a encontrar un hombre para gobernar la casa?

– Lo esperamos de Dios –le respondió.

– Entonces me temo que va a tener que esperar mucho tiempo.

– No tanto como le parece. Dios no tiene dificultad para hallar hombres; puede valerse del primero que pasa por la calle; cualquier instrumento es bueno para él. Mientras esperamos que su bondad nos envíe uno, voy a confiar ese empleo a tal Hermano. Aunque sólo tiene dieciséis años²⁰, estoy convencido de que lo hará bien y que Dios le ha de bendecir porque no tengo otro²¹.

Un Hermano Director ponía cierto reparo en aceptar a un Hermanito, porque era demasiado joven. “Lleve al muchacho –le dijo el Padre–, le garantizo que le dará plena satisfacción. Dios tiene que bendecirlo, pues es él quien lo envía; por otra parte, Dios lo saca todo de la nada. Ponga en Dios su confianza, y ya verá cómo ese Hermanito hará maravillas.” No se equivocó, pues el joven consiguió éxito completo.

En 1823, cuando se encontraba aún en Lavalla, en carta a un Hermano²², después de haberle comunicado noticias de diversas escuelas, le decía: “Por lo que se refiere a Lavalla, me da la impresión de que este año vamos a tener muchos pobres; haremos lo posible para alimentarlos. La Providencia que nos los envía, sabe que no tenemos nada.

Espero, pues, que nos dará lo necesario no sólo para ellos, sino también para nosotros. También se han presentado muchos postulantes, pero casi todos sin recursos y jovencitos. Con todo, tres tienen ya uso de razón, pues han pasado de los treinta; uno es hombre de negocios, otro zapatero²³, y el tercero, hombre de nada: pero de la nada hace Dios cosas grandes.”

Para mantener la comunidad y alimentar a los pobres que tenía recogidos, el Padre Champagnat no disponía de más fondos que su sueldo de coadjutor. Por eso, todos se preguntaban sorprendidos cómo podía arreglárselas para dar de comer a tanta gente. “No comprendo –le confesaba uno de sus amigos– qué pretende llenando su casa de niños pobres, y admitiendo tantos postulantes que no traen nada. A no ser que tenga bula especial para extraer del tesoro público, no puede por menos de ir a la bancarrota.”

El Padre, sonriendo, le contestó: “Dispongo de mucho más que eso: del tesoro de la Providencia, que tiene para todos y no se agota.”

Otra persona le decía:

– ¡Debe tener la bolsa bien repleta, para encargarse de tantas miserias!

– Mi bolsa –respondió el Padre– no tiene fondo; es la de la Providencia, cuanto más se saca, más tiene.

En una ocasión dijo a quienes le censuraban de que siempre estaba construyendo: “Me reprochan porque construyo; no tengo más remedio que hacerlo para alojar a los hermanos. Una de dos, o construimos, o no admitimos postulantes.” Y como le arguyesen que no tenía dinero y resultaba temerario realizar nuevas construcciones sin fondos, replicó: “Siempre lo hice así. Si hubiera esperado a tener dinero para empezar, no habría colocado aún la primera piedra.”

Fue a visitarlo un amigo, y viendo las obras, le preguntó de donde iba a sacar dinero para pagar el pabellón que se construía. Le respondió el buen Padre: “Lo sacaré de donde siempre lo he sacado, del tesoro de la Providencia.”

En una época en que el personal era muy numeroso y los alimentos carísimos, un Hermano de su Consejo que sabía que no había dinero en caja, le dijo cierto día:

– Padre, este año no tendremos para cubrir gastos.

– Cierto –replicó el Padre–, si usted se fija sólo en los recursos que poseemos; pero, ¿dónde deja usted la Providencia? Ella nos ayudará, ya que nos envía estos jóvenes.

– Desde luego –respondió el Hermano–, hemos de fiarnos de la Providencia, pero no estaría mal ser algo más exigentes con los postulantes, y no admitir a los que no traen nada.

– Jamás se me ocurriría –respondió el piadoso Fundador– rechazar a un candidato con vocación y capacidad de hacer el bien sólo por razones económicas. Al contrario, estaría dispuesto a pagar, si fuera preciso, para conseguir un joven capaz de llegar a ser un buen religioso.

Un día necesitaba urgentemente dos mil francos para pagar una deuda, pues le amenazaban con recargo si no lo hacía. Mandó llamar al Hermano administrador y le encargó que diera los pasos para pedir prestada esa cantidad. “Padre –le dijo el Hermano–, sabe muy bien que la semana pasada no puede conseguir nada, y que la gente se esconde al verme pasar: es inútil que vaya a Saint-Chamond para eso; le ruego me dispense.” Como insistiera el Padre, respondió el Hermano en tono desabrido: “Ya que se empeña, iré; pero le advierto que volveré con las manos vacías.”

El Padre no replicó. Como se aproximaba el plazo del pago, subió a su aposento y se puso en oración. Al cabo de unos instantes, lo llaman al locutorio. Baja y, apenas entra, una persona pone sobre la mesa una bolsa con tres mil francos diciendo: “Ahí tiene,

señor, lo que se me ha ocurrido traerle hoy.” El Padre lo abraza efusivamente al tiempo que exclama: “Dios lo bendiga, querido amigo. Lo envía la Providencia. Me encontraba en un apuro y usted me presta un servicio que nunca olvidaré.”

En otra ocasión, el Hermano ecónomo vino a advertirle que ya no quedaba harina y que habría que pensar en comprar más. El Padre, abriendo el cajón de su escritorio, le entregó todo el dinero que tenía en casa en aquel momento.

- Pero, Padre, con esto sólo tendremos para dos sacos de harina -dijo el ecónomo-, y con los que somos en comunidad, no alcanzará este pan para quince días.

- Compre ahora esos dos sacos -replicó el Padre-; Dios nos ayudará antes de que se acaben.

Diez días más tarde, el ecónomo vino a recordarle que la harina se estaba agotando. “Ahí tiene -le dijo el Padre-, acaban de entregarme lo suficiente para comprar treinta sacos. ¿No cree que estaba en lo cierto cuando le decía que Dios no nos abandonaría?”

Al ver el desarrollo que estaba tomando el Instituto, alguien le dijo:

- ¡Qué maravillas haría usted con unos cientos de miles de francos!

- Si la Providencia me enviase cincuenta buenos Hermanos, las haríamos aún mucho mayores -replicó-. No es dinero precisamente lo que nos falta, sino personas. Una comunidad es siempre rica cuando tiene religiosos santos. Es lo que pido a Dios todos los días.

En cuanto al dinero, siempre recuerdo aquellas palabras del divino Salvador: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*²⁴.

Confiaba tan poco en los medios humanos que, cuando veía un asunto fuertemente apoyado por los hombres, empezaba a dudar de su éxito.

Como al salir hacia París para proseguir las gestiones de la autorización del Instituto, mucha gente se interesaba por el éxito de su tarea, escribía desde Lyon²⁵: “Humanamente hablando, todo parece que va bien; pero yo sigo diciendo más que nunca: *Nisi Dominus...* Mucho me temo que todos estos apoyos perjudiquen los designios de la Providencia, y que, lejos de favorecer nuestra solicitud, contribuyan a su fracaso. Rogad, pues, y haced orar, pues sólo de Dios tenemos que esperar todo.”



¹ Rm 8, 31.

² Flp 4, 3.

³ AA, pág. 25.

⁴ Sal 126, 1.

⁵ Escribe al Hermano Francisco. “Estamos en manos de Jesús y de María... Hágase su santísima voluntad y tratemos de querer lo que Dios quiere... Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene” (LPC 1, doc. 195, pág. 396).

- Al Hermano Dominique: “Ponga firmemente su confianza en Jesús y María y convéncese de que todo redundará en gloria de Dios y salvación de su alma” (LPC 1, doc. 234, pág. 455).

- Al Hermano Antonio: “...tenemos a Dios por defensor, nadie podrá hacernos daño si Dios no se lo permite” (LPC 1, doc. 17, pág. 58).

⁶ Dt 11, 24. (cfr. PPC, parte cuarta, tratado I, cap. 16).

⁷ No se han hallado las cartas a que alude este párrafo.

⁸ Carta al Hermano Antonio y Hermanos de su comunidad, de 15 de agosto de 1830 (LPC 1, doc. 16, pág. 57).

⁹ Lc, 21, 18.

¹⁰ Pr 8, 29; Sal 89, 10. También carta al Hermano Antonio (LPC 1, doc. 16, página 56).

¹¹ Rm 8, 28.

¹² Carta al Hermano Luis María, de 21 de enero de 1837 (LPC 1, doc. 86, página 200; y LPC 1, doc. 30, pág. 84).

¹³ LPC 1, doc. 86, pág. 200; y también LPC 1, doc. 30, pág. 84

¹⁴ El Padre Séon nos ha conservado su nombre: “El señor Champagnat construía en el Hermitage cuando el señor de la Croix, por entonces párroco de Chartreux, y actualmente arzobispo de Auch, le mandó a decir: Diga al señor Champagnat, que construye en vano” (OME, doc. 160 (21), pág. 386 y nota 3). Este Nicolás Augusto de la Croix d’Azolette era uno de los directores del seminario de Lyon durante los años de estudio del Padre Champagnat (OM 4, pág 191).

¹⁵ Sal 126, 1.

¹⁶ El señor Cattet, Vicario general, escribe el 31 de Septiembre de 1829: “Tiene que tratar por todos los medios de hacer economías; pero lo más indicado es que disminuya o aplace lo más posible las reparaciones y construcciones... Estoy convencido de que en lo sucesivo no construirá en el Hermitage o en otro sitios más que lo indispensable” (OME, doc. 65 (3), pág 152).

¹⁷ Cuando se conocieron las faltas del señor Courveille, todavía pasó algún tiempo (mayo-agosto de 1826) en que el señor arzobispo trata de proponer a un “sacerdote (Sr. Coindre) para que se haga cargo de los Hermanos del Hermitage”. Una carta del señor Coindre, de 3 de mayo de 1826, manifiesta que de ninguna forma es partidario (OME, doc. 44, pág. 119). El 8 de agosto de 1826, un acuerdo del consejo de Mons. de Pins da por cerrado el asunto (OME, doc. 48, página 128).

¹⁸ La propiedad de la familia Patouillard se compró el 1.º de enero de 1839 (AA, pág. 271).

¹⁹ Este gran bienhechor es el señor Thiollière (LPC 2, pág. 494).

²⁰ Probablemente se trata del Hermano Luis, en 1822 (LPC 2, pág. 339).

²¹ Puede contrastarse este diálogo con el mantenido por el Padre Maîtrepierre (OME, doc. 164 (55), pág. 417).

²² Carta del P. Champagnat al Hermano Juan María Granjon, de 1.º de diciembre de 1823 (LPC 1, doc. 1, págs. 28-30).

²³ Es probable que el zapatero no se quedara mucho tiempo, a no ser que se hubiera hecho profesor, pues al menos hasta 1826, el Padre Champagnat acude a los zapateros de Lavalla (AA, pág. 77).

²⁴ Mt 6, 33.

²⁵ Al Hermano Francisco, el 10 de enero de 1838 (LPC 1, doc. 169, pág. 334), texto ligeramente modificado.